

wsqde lascasasakvdvdle  
hrtyaaelaycfelishrtz



# o de cómo un periodista escribía sobre sus propios crímenes

o de cómo un reportero escribía sobre  
sus propios crímenes

un caso de **dimiter kenarov**  
traducción de **jorge cornejo**  
ilustraciones de **ana bustelo**



**I** Gira a la izquierda,

luego a la derecha. El automóvil atraviesa las calles de Kiečvo

en zigzag, como si bajara por una escalera interminable. «Aquí giró a la izquierda, y aquí a la derecha», me explica Saša Dukosi, un veterano periodista de la radio y televisión macedonias que hoy se ha convertido en mi guía turístico por una ruta macabra. «Y éste es el jardín de infantes junto al cual encontraron su celular –prosigue–. Una mujer lo oyó sonar entre el pasto y contestó. "¿Quién es usted?", le preguntó una voz, y ella le explicó las circunstancias. Le pidieron que los esperara allí mismo; iban a enviar una patrulla policial». Izquierda, derecha. Seguimos el recorrido que el asesino hacía desde su hogar en el pueblo hasta su apartada casa de campo, a cinco kilómetros de distancia. Incluso nuestro automóvil es idéntico al suyo: un Opel Astra blanco. Hacemos un giro final a la izquierda y llegamos a la carretera que sale del pueblo. Más allá se distinguen las oscuras sombras de las montañas circundantes, mientras unas nubes amenazan con empañar el valle. Dejamos la carretera a la altura de un letrero descolorido que indica la distancia hasta el pueblo de



Karbutica. Dukosi toma una curva cerrada que desemboca en un camino de tierra. Unos cientos de metros más allá, detiene el vehículo y apaga el motor. Silencio. Polvo.

–Éste es el lugar –dice y señala–. Mira, allá.

En la distancia, enclavada bajo la sombra de varios nogales, está la destartada casa de campo. Tiene dos pisos y techo de tejas rojas. La sombra espesa de los ciruelos y nogales mantiene fresco el patio, incluso a mediodía.

Así que éste es el lugar.



Sobre una elevada meseta en la zona occidental de Macedonia, a solo unos kilómetros al este de la frontera con Albania, en el sur tercermunicipista de Europa (ex Yugoslavia), el pueblo de Kiečvo espera. Espera a los autobuses que se dirigen al norte, a la capital Skopje; espera a los autobuses que van al sur, a los encantadores centros turísticos de lago Ohrid. Espera en vano. Los viajeros pasan a través de Kiečvo, no se detienen. No hay razón para hacerlo. Kiečvo es un pueblo provinciano poco importante. Rara vez es mencionado en la televisión macedonia; en las guías turísticas ocupa apenas media página. Parece un lugar extraño para un periodista ambicioso en busca de noticias emocionantes. Pero para Vlado Taneski –un empleado de NOVA MAKEDONLIJA (Nueva Macedonia), el diario nacional de mayor circulación en la capital Skopje, y tres veces ganador del premio nacional al mejor artículo de prensa– Kiečvo y sus pintorescos alrededores congeniaban con su espíritu romántico.

Extrañaba el ritmo idílico de la vida provinciana. Bajo titulares como «Retratos de vida» y «Retratos sin marco», escribía largos panegíricos ensayísticos al campo macedonio, donde pastores y labriegos trabajaban en escenarios bucólicos. «El sudor les quemaba los ojos, tenían los rostros sonrojados como los de jóvenes novias –escribió Taneski–, y sus manos robustas de palmas anchas parecían ramas de roble». La columna vertebral de su prosa se doblaba bajo el peso de una ambición literaria no satisfecha.

Aunque había emoción genuina, incluso talento, sus escritos a menudo desembocaban en un patetismo afectado por clichés. Sus artículos destilaban un ansia por la época anterior a la desintegración de Yugoslavia, y llegó a ver el capitalismo como una incursión letal en su país, nuevas formas de sofocar lo antiguo. Incluso sus métodos eran conservadores: aún trabajaba en una máquina de escribir y dictaba sus notas por teléfono en lugar de enviarlas por fax. No sorprende entonces que prefiriera entre-

vistar a ancianos para sus notas ensayísticas, antes que informar sobre las aburridas noticias del día a día. Pero cuando las ancianas de Kičevo empezaron a desaparecer, a Taneski se le presentó la oportunidad de unir sus ideas sobre la decadente cultura de Macedonia con una novela policíaca por entregas. Parecía una historia que él estaba destinado a escribir.

En noviembre del 2004, Mitra Simjanoska, una guardiana jubilada de sesenta y un años —y considerada como una «mujer de moral relajada»—, de-sapareció. Quizá un amante celoso había perdido los estribos. Quizá estaba huyendo de alguien. Las teorías proliferaron, pero ninguna fue confirmada. Hasta que el 12 de enero del 2005 un reciclador de chatarra que revisaba el lugar de construcción abandonado de una instalación deportiva en los límites del pueblo encontró un cuerpo desnudo que habían arrojado a un agujero poco profundo.

Por el avanzado estado de descomposición, la policía determinó que Simjanoska había sido asesinada unas semanas atrás. La habían violado brutalmente y luego estrangulado, habían amarrado su cuerpo

con un cable de teléfono y lo habían colocado en una bolsa de plástico. Kičevo entró en shock. Nunca había sucedido nada parecido. Incluso durante la guerra del 2001, cuando los separatistas albanos de Kosovo atravesaron Macedonia e iniciaron una campaña de caos y violencia en el pueblo cercano de Tetovo, las cosas se habían mantenido relativamente tranquilas en Kičevo.

Por suerte, luego de una veloz investigación, las autoridades locales anunciaron que habían arrestado a los culpables. Kičevo podía dormir tranquilo. Dos hombres, Ante Risteski e Igor Mirčeski, ambos veinteañeros, fueron acusados por el homicidio de Simjanoska y por el de Radoslav Bozhinoski —un anciano que fue asaltado y asesinado en diciembre del 2004 en su casa en el poblado vecino de Malkoetz—. Bozhinoski había sufrido una muerte terrible a manos de sus torturadores, quienes antes de liquidarlo habían forzado objetos en su ano

y lacerado su pene y testículos con tenazas al rojo vivo. Como Simjanoska había recibido un tratamiento similar, la parte acusadora estableció que existía un vínculo entre ambos crímenes y decidió acusarlos de doble homicidio. Se informó que durante el interrogatorio los sospechosos habían admitido haber asesinado tanto a Simjanoska como a Bozhinoski, pero ya en el tribunal, insistieron en que habían matado solamente al hombre y que no tenían nada que ver con la muerte de la anciana.

Vlado Taneski informó sobre el proceso judicial para el periódico NOVA MAKEDONIJA. Sentado en una de las bancas del tribunal, escuchó a la parte acusadora, a los testigos y a la defensa. En un artículo titulado «Guantes quirúrgicos para un asesinato monstruoso», Taneski escribió: «Esposados y con ojos escrutadores, Ante Risteski, de veintiocho años, y su amigo Igor Mirčeski, acusados de un horrible homicidio doble en Kičevo y Malkoetz, entraron al tribunal. Miraban al techo con ojos inexpressivos y de rato en rato susurraban, como para sí mismos: "Todo terminó, ahora pagaremos por nuestros crímenes"».

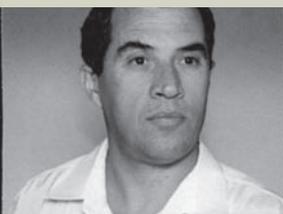
Risteski y Mirčeski fueron condenados a cadena perpetua. Pero había una perturbadora evidencia que resultaba incongruente. La autopsia había descubierto rastros de semen en el cuerpo de Simjanoska, el cual, como se reveló más adelante, no coincidía con el ADN ni de Risteski ni de Mirčeski. ¿Había habido un tercer atacante? ¿Habían encerrado a los hombres equivocados? ¿Podía ser que el asesino de Mitra Simjanoska estuviera aún en libertad? No había respuestas.

Luego, en noviembre del 2007, exactamente tres años después de la desaparición de Simjanoska, otra mujer de Kičevo desapareció. Lubica Ličoska, de cincuenta y seis años, trabajaba como vigilante, al igual que Simjanoska, y además vivía en el mismo sector del pueblo. Cuando se notaron estas similitudes, de pronto los habitantes del lugar recordaron a Gorica Pavelska. Tenía setenta y tres años, era una vigilante jubilada y había desaparecido en mayo del 2003. Nadie le había prestado mucha atención al tema en aquel entonces. Se especuló que podía haber sufrido un ataque cardíaco en algún lugar remoto, o que se había marchado a trabajar a Skopie. Jamás se encontró rastro alguno de ella y todo el asunto cayó en el olvido.

Pero ahora parecía que el pequeño poblado de Kičevo era el hogar de un asesino en serie, y los editores de Vlado Taneski intuían que había una gran historia detrás.

«Lubica era una mujer tranquila y bondadosa. Luchaba contra la pobreza y trabajaba limpiando departamentos para alimentar a su familia», le comentaron a Taneski parientes de Ličoska. Para su artículo también entrevistó a Duško, el hijo de la víctima: «Dos días después de la desaparición de mi madre, di parte a la policía. Hablé con los residentes de los edificios donde mi madre solía trabajar e investigué un poco en busca de pistas, pero

Vlado Taneski:  
periodista y asesino  
en serie





Un reciclador de chatarra de Macedonia encontró un cuerpo desnudo que habían arrojado a un agujero poco profundo. Por el avanzado estado de descomposición, la policía determinó que Simjanoska había sido asesinada unas semanas atrás. La habían violado brutalmente y luego estrangulado, habían amarrado su cuerpo con un cable de teléfono y lo habían colocado en una bolsa de plástico. La ciudad de entró en shock

no pude hallar rastro alguno de ella. La policía me dijo que está trabajando en el caso». El pueblo entró otra vez en frenesí, al borde de un ataque de nervios.

Los peores miedos se confirmaron cuando el cadáver de Ličoska apareció en la cadena montañosa de Strazha, camino de la ciudad de Gostivar a Kičevo, cerca de una estación de gasolina. Había sido asesinada igual que Simjanoska: violada y estrangulada con un cable y luego metida en una bolsa de plástico. Según el juez de instrucción, el hecho se había producido apenas unos días antes, lo que significaba que la mujer, desaparecida tres meses atrás, había permanecido como rehén en algún lugar durante todo ese tiempo, alimentada y mantenida con vida, torturada y violada repetidamente.

«El nuevo crimen es la noticia del día en Kičevo», escribió Taneski con gran fanfarria en un artículo para el diario UTRINSKI VESNIK [El Herald Matutino], el 6 de febrero de 2008. «Abundan los rumores. Mientras la policía trabaja en el caso, la mayoría de habitantes piensa que este crimen está relacionado con el doble homicidio de Malkoetz y Kičevo, cuando dos ancianos fueron asesinados por una pequeña suma de dinero». ¿Pero cómo podía ser, si los criminales convictos por el asesinato de Simjanoska se encontraban ya tras las rejas? En el mismo artículo Taneski sugería que Ličoska podía haber sido atropellada por un automóvil y que el conductor, en lugar de llevarla al hospital, había decidido aprovecharse de ella de la manera más horrible. La policía sabía más, pero mantenía reserva. «Según nuestras fuentes, la investigación va camino de resolverse», informó Taneski.

Pero antes de que la policía pudiera arrestar a alguien, otro cuerpo más, el de Živana Temelkoska, fue hallado violado y estrangulado, amarrado con cable y dentro de una bolsa de plástico. El patrón era dolorosamente similar, como lo era también el perfil de la víctima: una mujer de sesenta y cinco años que había trabajado alguna vez como vigilante en la escuela primaria de la localidad y

vivía en el mismo sector del pueblo que las demás víctimas. Había desaparecido el 7 de mayo del 2008, pero a diferencia de los anteriores asesinados, fue hallada apenas una semana después. Su cadáver mutilado, cubierto sólo por una bata, había sido arrojado a una pila de desperdicios en las afueras del pueblo, junto a un campo donde entrenaba el equipo local de fútbol. La autopsia reveló numerosas heridas internas y externas, incluyendo cinco costillas rotas y trece cortes en el cráneo. La crueldad y una perversión atroz habían guiado los actos de su verdugo, quien había violado a su víctima con una botella de vidrio, un frasco de loción para después de afeitarse, algodón y gasa. También se encontró semen en el cuerpo, como en el caso de Simjanoska. De manera fortuita, el teléfono celular de la víctima fue descubierto cerca de un jardín de infantes en el otro extremo del pueblo, donde al parecer había sido arrojado desde un automóvil en marcha.

El terror se apoderó de Kičevo. Las ancianas temían salir solas y las madres prohibieron a sus hijos que salieran a jugar a la calle. Y lo más perturbador de todo era que, aunque sus víctimas encajaban en un perfil claro, nadie sabía con certeza cómo había seleccionado el asesino a sus objetivos. «Las motivaciones del monstruo de Kičevo –escribió Taneski– aún no están claras».

Con la intención de tratar de sacar a la luz lo que los investigadores podían estar ocultando, Taneski entrevistó a detectives de la policía que trabajaban en el caso. Luego informó: «Funcionarios del Ministerio del Interior afirman tener varios sospechosos, todos ellos de Kičevo. Éstos fueron interrogados y luego liberados. Se confirmó que en ambas víctimas se encontraron rastros del asesino, los cuales están siendo analizados». Taneski también quería entrevistar a los parientes de Živana Temelkoska –la cuarta víctima– para preguntarles sobre detalles específicos del caso. ¿Cuándo fue la última vez que la vieron? ¿Cuáles eran sus versiones de los hechos? ¿Sospechaban de alguien? Sería sencillo, le dijo a sus editores, porque la familia Temelkoski vivía a apenas unas casas de la suya, en la misma calle. Los Temelkoski eran sus vecinos. De hecho, todas las víctimas habían vivido en su vecindario.

La cacería se había iniciado. Mientras tomamos un café, Saša Dukoski, mi guía en Kičevo, me cuenta que detectives de policía de toda Macedonia

tomaron el pueblo por asalto, decididos a hallar al culpable. Las víctimas habían dejado un rastro, como migas de pan en el bosque. Todas habían trabajado como vigilantes; todas tenían edades similares y vivían a tiro de piedra de las demás; todas habían sido torturadas y ejecutadas de manera idéntica. Con estas pistas, era posible crear un perfil. El asesino en serie –para entonces casi nadie dudaba de cómo referirse a él– debía ser alguien que vivía en la misma zona del pueblo y las conocía personalmente. Un hombre de edad madura, fuerte, con una inteligencia por encima del promedio, pues los crímenes habían requerido un cuidadoso planeamiento y organización. Sufiría sin duda de frustraciones sexuales profundas, que tenían su origen en la infancia o juventud, y que poco a poco habían degenerado en una patología de deseos sadomasoquistas. Lo más probable era que actuara solo, aunque no se podía descartar la presencia de un cómplice.

Sin embargo, tener un perfil psicológico sin sospechoso es como tener una llave sin candado. Si la policía

de Kičevo quería encontrar al asesino, necesitaría mucho más que un rudimentario bosquejo de cómo era el criminal. El golpe de suerte llegó al ana-

lizar un viejo suéter hallado cerca del cuerpo de Temelkoska. El análisis forense reveló rastros de sangre que no pertenecían a la víctima. Una identificación del tipo de sangre y varios días de intensas entrevistas con cerca de ciento cincuenta hombres redujeron el espectro de personas con las que la policía quería confrontar el ADN hallado en las muestras de semen recolectadas. Entre los principales sospechosos estaban un taxista, varios vecinos de las víctimas y el periodista que cubría el caso, Vlado Taneski.

## 2

«Nos enteramos de que alguien había sido arrestado en conexión con el caso –recuerda Branko Zakev, de la oficina del diario NOVA MAKEDONIJA en Skopje–, pero no sabíamos quién. Así que decidimos llamar a Vlado, nuestro corresponsal en Kičevo, pero nadie contestaba el teléfono. Luego llamamos al Ministerio del Interior y nos

dijeron: "Se han quedado sin corresponsal en Kičevo"».

Vlado Taneski fue arrestado en su casa en la tarde del viernes 20 de junio del 2008. Tres pruebas de laboratorio independientes habían confirmado que su ADN correspondía a las muestras tomadas de los cuerpos de Mitra Simjanoska y Živana Temelkoska. Siete pelos hallados cerca del cuerpo de Ličoska pertenecían a Taneski, lo cual lo implicaba directamente también en el tercer asesinato. El suéter hallado en la última escena del crimen también fue identificado como perteneciente a Taneski, mientras que la bata en la que estaba envuelto el cuerpo de Temelkoska, verde y con lunares, al parecer había pertenecido a la madre de Taneski. Parecía ser que el asesino había vestido a todas sus víctimas con la ropa de su madre antes de violarlas y matarlas.

En lo que respecta a los artículos periodísticos de Taneski, en los que éste había descrito con detalle sus crímenes, constituían sólo evidencia circunstancial, aunque los detectives los habían seguido con fascinación. En su último artículo sobre Temelkoska destacó un detalle en particular. Taneski escribió que la mujer había sido estrangulada con el mismo cable con el que luego la amarraron. Pero los investigadores no habían hecho público ese detalle a los medios. Sólo una fuente secreta dentro del departamento de policía –o el asesino mismo– podría haberlo sabido.

Durante su agotador interrogatorio, Taneski permaneció en silencio la mayor parte del tiempo. Dio respuestas evasivas a muchas de las preguntas o dijo que no recordaba. Expresó su determinación de asumir su propia defensa en la corte, por lo que le asignaron un defensor público y al día siguiente lo transfirieron a una cárcel en el pueblo cercano de Tetovo. Debido a la falta de espacio lo encerraron con otros tres reclusos. La celda consistía de una habitación con dos camarotes de acero y un baño separado con un inodoro y un lavatorio. También había una gran cubeta blanca que se utilizaba con propósitos sanitarios, pues son frecuentes las restricciones de agua en la cárcel. Fue allí, en el baño de la celda, a eso de las dos de la mañana del lunes 23 de junio del 2008, menos de tres días luego de su arresto, que uno de los compañeros de celda de Taneski encontró al desdichado periodista de rodillas, con la cabeza dentro de la cubeta llena de agua. Tras un fallido intento de resucitación, Vlado Taneski fue declarado muerto.

«Tuvimos una infancia normal», me cuenta Ljupcho Taneski, hermano de Vlado, cuando lo visito en su hogar. Ljupcho es apenas cincuentón, pero su incipiente barba entrecana y ojos caídos le dan a su rostro el aspecto demacrado de un anciano. Él y su esposa viven en una casa de beneficencia –una vivienda pequeña, de un solo piso, pintada de blanco, en los límites del pueblo–. Ljupcho complementa los ingresos de la familia tocando el clarinete en bodas y haciendo trabajos ocasionales. Luego de graduarse de la preparatoria, se marchó de casa contraviniendo los deseos de sus padres, y ellos lo desheredaron en favor de su hermano mayor, que se había que-

Taneski recibe un premio periodístico en 1994





Las ancianas de del lugar temían salir solas y las madres prohibieron a sus hijos que salieran a jugar a la calle. Y lo más perturbador de todo era que, aunque sus víctimas encajaban en un perfil claro, nadie sabía con certeza cómo había seleccionado el asesino a sus objetivos. Las motivaciones del monstruo de la ciudad -escribió el periodista Taneski- aún no están claras

dato. Por este motivo, Vlado y Ljupcho llevaban treinta años distanciados.

Ljupcho se vuelve cauteloso e impreciso si trato de ahondar en el pasado, pero logro sacar algunas cosas en claro. Vlado Taneski nació en 1952 en la zona de Kičevo. Su padre, Trajče Taneski, era un vigilante nocturno, mientras que su madre, Gorica, trabajaba como vigilante en el hospital de la localidad. Ambos, según declaraciones de vecinos, eran padres malhumorados e implacables. Cuando alguno de sus hijos se portaba mal, la correa del padre salía a la luz. La madre era igual de severa; una persona la describió como «una mujer maligna». Ljupcho se mofa de esta descripción. «Nuestros padres eran estrictos –dice–, pero, ¿qué padres no lo son?».

En sus últimos años de vida, Trajče Taneski pasaba largos períodos en la casa de campo de la familia, a varios kilómetros de distancia. Allí criaba cabras, cultivaba hortalizas y evitaba todo lo posible el contacto con la gente. Era un tipo solitario y algo misántropo. Quizá ésa fue la razón por la cual, cuando murió en esa casa rural en agosto del 2002, según se dice ahorcándose, nadie fuera de su familia inmediata le dio mucha importancia al hecho. Tampoco la muerte de su esposa Gorica, ocurrida en diciembre del mismo año, fue lamentada por muchos habitantes de Kičevo. Ella murió de una sobredosis accidental de pastillas para dormir. Pero nada de esto tenía relación con Vlado Taneski.

«Vlado era un niño normal –repite Ljupcho como un mantra, evitando mirarme a los ojos–. No fuimos muy cercanos en los últimos treinta años, de modo que no hay mucho más que pueda decirle». La información sobre la vida adulta de Taneski es igualmente irregular. Asistió a una escuela técnica y luego de graduarse consiguió trabajo como obrero metalúrgico en la fábrica del pueblo. Poco después fue electo cabeza de la organización juvenil comunista de Kičevo. La inercia de la maquinaria burocrática lo llevó a la escuela política de Kumrovec, en

Croacia central, donde durante dos años le inculcaron los principios de la Liga de Comunistas de Yugoslavia de Tito. Cuando volvió a su ciudad natal en 1980, Taneski era un personaje importante para los estándares locales, y era imposible que regresara a sudar en una fábrica. Le ofrecieron un puesto de editor en Radio Kičevo, donde su tardía carrera como periodista empezó finalmente. Entre tanto, se había casado y era padre de dos hijos.

En 1985, Taneski empezó a trabajar para NOVA MAKEDONIJA como periodista de planilla. Era un trabajo que tenía una paga bastante decente y muchos privilegios oficiales, tanto antes como después de 1991, cuando Macedonia se separó de Yugoslavia para convertirse en un estado independiente. A Taneski le dieron libertad para que escribiera sobre cualquier tema, aunque debía abstenerse de criticar al régimen comunista. «Era un buen periodista, nada malo para ser reportero de un pequeño pueblo como Kičevo. No era un idiota. No había rastro de agresividad en él. Era una persona absolutamente normal y tranquila», recuerda Ljupcho Popovski, editor en jefe del diario UTRINSKI VESNIK.

Varios otros colegas de Taneski, sin embargo, expresaron preocupaciones más serias. Como me contó Saša Dukoski, «Vlado estaba plagando artículos. Cuando no tenía cierta información, presentaba textos de sus colegas como suyos. Le gustaba presentar artículos que causaran sensación». También afirma que hacía quince años él y su esposa recibieron amenazas de muerte por teléfono. Cuando decidió rastrear el número, descubrió que era Taneski quien había hecho las llamadas, pero decidió no dar parte a la policía. «Pensamos que las cosas terminarían allí», dice Saša.

Al margen de esos episodios, Vlado Taneski era por lo general muy respetado en la comunidad de Kičevo. La gente confiaba en él, aunque –algo curioso tratándose de un pueblo pequeño–, su vida privada era un enigma. En algunos casos, los textos de Taneski son la única prueba de su existencia. Hablaba por teléfono con editores de Skopje sobre sus comisiones, les enviaba artículos de cuando en cuando, e incluso asistía a eventos especiales organizados por los periódicos para los que trabajaba, pero la mayor parte del tiempo la pasaba a solas. No bebía ni fumaba. Rara vez salía a cafés o restaurantes con amigos, y aun menos frecuente era que invitara a alguien a casa. No tenía amigos, en realidad. «Una vez jugamos básquetbol», logró recordar después de una larga pausa Kiro Kiproski, un reportero de NOVA MAKEDONIJA. Admite que Taneski era introvertido, un excéntrico, pero que eso era todo. Sospechar que pudiera hacer algo peor que robar un par de

artículos o desfogar su ira en el teléfono era impensable. Adondequiera que iba a buscar información, se le abrían las puertas y sus preguntas eran respondidas de inmediato. ¿Quién podía imaginar que el periodista ya conocía las respuestas a las preguntas que hacía?



Vesna Taneski me conduce por las escaleras hacia el interior de la casa. La habitación es diminuta pero está repleta de muebles y atiborrada con baratijas. En una de las paredes cuelga un ícono de San Demetrio a caballo clavándole la lanza en la boca a un infiel. En otra pared cuelga una herradura. Ordenadas con cuidado sobre un armario hay fotografías familiares enmarcadas: ella con sus hijos, sus hijos con sus novias o esposas, pero ningún rastro del hombre con el que estuvo casada durante treinta y un años. Su imagen ha sido expurgada de la casa. «No quiero hablar de los sucesos

más recientes —señala antes de que yo pueda siquiera hacer una pregunta—. Son muy dolorosos, y quizás no haya mucho que yo

pueda decirle que usted no sepa ya. No niego nada, pero me gustaría ver resuelto el caso». Vesna Taneski me observa con ojos inquisitivos, y yo hago un gesto de asentimiento con la cabeza. Entonces procede a abrir una carpeta con fotografías. «Preferiría hablar sobre estas cosas. Preferiría hablar de Vlado antes de que las cosas se pusieran horribles».

Durante las siguientes dos horas, el documental de la vida privada de Vlado Taneski corre ante mis ojos. Está la fotografía en blanco y negro de un niño de no más de tres años, montado alegre sobre un elefante de juguete. Y reaparece como un joven soldado en el ejército yugoslavo; luego posando para la cámara con sus compañeros de algún equipo de fútbol amateur. Un momento de silencio frente a la tumba de Tito hacia 1980. Taneski con su esposa y dos hijos adolescentes en las colinas que rodean al lago Ohrid. Taneski recibiendo un premio de periodismo. Taneski bailando en la boda de su hijo el año pasado, con sus ojos oscuros

lentos de vida. Un hombre alto, en buena condición física, con signos de calvicie y cabello ensortijado corto que ha empezado a ponerse entrecano a la altura de las sienes. Vestido de manera impecable con un traje y corbata bien planchados, detallista, algo dandi, incluso.

Vlado y Vesna Taneski se conocieron en 1973, durante un recital regional de poesía. Él obtuvo el primer lugar; ella, el tercero. Él tenía veintidós años, y ella, diecinueve. «Nuestro amor por la literatura nos unió», me cuenta Vesna, y ese recuerdo suaviza sus facciones. Parece volverse joven y feliz de nuevo, enamorada, ignorante del terrible futuro. «Él sólo tenía un diploma de preparatoria, pero había leído mucho y a menudo me ayudaba en mis estudios». Salieron juntos durante cuatro años antes de casarse en 1977. Era una época en la que Vesna tenía una fuerte necesidad de amor y apoyo, pues acababa de sobrevivir a un accidente automovilístico en el que murieron su padre y su hermano. «Durante todo nuestro matrimonio Vlado fue bueno, afectuoso. Quizás no debería mencionar detalles tan íntimos, pero siempre fue un amante muy tierno. Cuando trabajaba en Radio Kičevo había un programa llamado MINI DISCO CLUB, y él tocaba mis canciones favoritas. Más adelante, me ayudó a terminar en la escuela de Derecho e incluso hizo espacio para una oficina en la casa, sólo para mí, donde ejercí como abogada durante dos años. Él creía en mí».

Vesna Taneski hace una pausa para pensar en otros elogios sobre él. Parece ansiosa por demostrarme que su esposo era un buen hombre que no habría podido tener ninguna vinculación con los sucesos. O, al menos, que ella no hubiera tenido cómo saberlo. «Adoraba a nuestros hijos y pasaba mucho tiempo con ellos. Cuando no estaba investigando para un artículo, se quedaba en casa, limpiando el patio, arreglando cosas. Era un buen esposo, hijo y padre. Se habría sacrificado por su familia». Mientras ella habla, su madre entra a la habitación y se sienta a la mesa con nosotros. Es una mujer frágil de ojos nubosos —ojos que se rehúsan a ver o ser vistos—. Al oír hablar a su hija, le cuesta mucho contener las lágrimas. «Es una tragedia para todos nosotros —dice al fin con voz entrecortada—. Es difícil creer que todo esto realmente haya sucedido. Vlado fue siempre muy bueno conmigo, siempre servicial».

Vesna Taneski abre el álbum de recortes para mostrarme los artículos de su marido. Han sido diligentemente recortados y pegados cada uno en una página individual. «Era muy detallista y organizado, casi en extremo. Amaba su profesión. No podía vivir sin el periodismo y quería ser el mejor periodista del pueblo. La verdad era lo más importante para él». De todas las muchas organizaciones para las que trabajó, Taneski le tenía más cariño a NOVA MAKEDONLIJA, pero cuando el periódico cambió de manos en el 2003, fue despedido. En los meses que siguieron a su despido, perdió a sus padres —y sus jugosas pensiones, que habían ayudado a la familia—. «Luchamos mucho para superar esa crisis», dice Vesna Taneski. Ella consiguió trabajo en la capital, Skopie, como inspectora para el Ministerio de Educación, y dejó a su esposo viviendo solo en Kičevo. Con el dinero de su nuevo empleo pudo mantener a sus hijos,

Taneski y su familia en el lago Ohrid





Taneski era introvertido, un excéntrico, pero que eso era todo. Sospechar que pudiera hacer algo peor que robar un par de artículos o desfogar su ira en el teléfono, era impensable. A dondequiera que iba a buscar información, se le abrían las puertas y sus preguntas eran respondidas de inmediato. ¿Quién podía imaginar que el periodista ya conocía las respuestas a las preguntas que hacía?

especialmente a Zvonko, que había decidido estudiar en el extranjero. Volvía a casa los fines de semana, o en ocasiones Taneski la visitaba en Skopje.

Vlado Taneski pareció recuperarse cuando consiguió trabajos como colaborador independiente para varios medios. Aprendió a usar una computadora. Para complementar sus ingresos, actualizó sus conocimientos técnicos y abrió una representación local de Fonko, una compañía macedonia que diseña y ensambla equipos de aire acondicionado. Hablaba de vender la casa familiar de Kičevo y la casa de campo y mudarse permanentemente a Skopje.

Le pregunto a Vesna Taneski por qué vivieron en la misma casa con sus suegros durante veinticinco años. «Su madre tomó muy mal el abandono de su hijo menor. Luego su hija, Trajanka, se fue a trabajar a Skopje. Vlado era el único hijo que podía ocuparse de sus padres. Por eso, cuando me casé con él, ambos decidimos quedarnos y vivir con ellos». Era difícil, admite, porque los padres de Taneski eran autoritarios, testarudos, personas «chapadas a la antigua». A menudo discutían con él. Ésos fueron los únicos momentos en que Vesna Taneski vio a su esposo ponerse agresivo. «Yo trataba de apaciguar las cosas cuando surgía una discusión. Era paciente con sus padres por él. Casi siempre él era el más afectado». Pero también había ocasiones en que su esposo tomaba partido por sus padres. «Una vez dije algo malo sobre su madre —recuerda Vesna— y él me quitó el habla durante una semana». Luego de eso, ella hizo todo lo posible por mantenerse fuera de las discusiones familiares y pronto empezó a vivir una vida paralela. Para cuando se mudó de Kičevo, en el 2003, sabía poco de la rutina cotidiana de su esposo.

Vesna Taneski se queda mirando la mesa, en su rostro se agolpa la melancolía. «Lo fui a visitar cuando se encontraba detenido —dice— y la policía me dijo que no gastara mi dinero en abogados, porque tenían evidencia muy sólida contra él. Cuando lo vi le pregunté

si era culpable o no, y él me respondió, "No sé de qué hablas". Le dije que se lo perdonaría todo si me decía la verdad. Me juró por sus propios hijos que no era culpable. Me dijo, "Dales saludos a mis hijos de mi parte y diles que no he hecho nada malo. Un día las cosas se esclarecerán"».

### 3

CNN, BBC, EL PAÍS Y LE PARISIEN invadieron de súbito Kičevo. Cadenas de televisión y agencias de noticias de todo el mundo bullían de excitación por la extraña vida y muerte de Vlado Taneski —un periodista que violaba y asesinaba a mujeres que se parecían mucho a su fallecida madre, y luego escribía artículos sobre sus crímenes; un asesino en serie que había sido arrestado por la policía pero que poco después se había suicidado en una cubeta de agua—. No era cualquier monstruo, sino el monstruo de Kičevo, según su propia descripción. Era una historia que Freud habría colocado entre EDIPO REY y HAMLET, una digna secuela de PSICOSIS. Incluso la versión en inglés de Wikipedia creó una entrada para Taneski.

Después de unos días, los medios internacionales abandonaron el tema, pero los macedonios seguían preguntándose qué había ocurrido. El diario UTRINSKI VESNIK formuló la pregunta de manera más directa: «¿Es posible que en medio de esa familia viviera un asesino como éste, que se ocultaba tan hábilmente tras una máscara de leal y fiel esposo, orgulloso padre, amable yerno y ejemplar hijo?». Muchos parientes, vecinos y colegas se rehúsan a creer que Taneski, que siempre fue tranquilo y cortés, haya cometido actos tan horripilantes mientras usaba la «máscara de la cordura». Un criminal es una persona sin educación y que vive en la miseria, alguien que jamás ofrecería su asiento a una anciana en el autobús. Un monstruo tiene colmillos, garras afiladas. Todos los hombres tienen secretos —algunos incluso puede que engañen a sus esposas o que tengan una doble vida—, pero éstos son pecados veniales comparados con aquello de lo que se acusaba a Taneski.

«Nunca sospeché que fuera el asesino», comenta Cvetanka, hermana de Lubica Ličoska, la tercera víctima. «Para mí era una persona buena y honesta. No éramos cercanos en lo absoluto, pero éramos vecinos». Con su disfraz de periodista, Taneski a menudo iba a su casa en busca de información. También entrevistó a Zoran Temelkoski, el hijo de la última víctima. «Cuando mi madre desapareció, Vlado Taneski me hizo preguntas. Incluso cuando me lo encontraba en la calle, me preguntaba si tenía

noticias o si sospechaba de alguien en particular. Éramos vecinos desde hacía tiempo, nos conocíamos de años, así que nunca se me cruzó por la cabeza que él pudiera ser el culpable». Zoran se quedó pasmado cuando la policía anunció que habían hallado al culpable. «No se puede describir lo que sentí. Fue un momento muy duro. Que alguien haya matado a tu madre y luego venga a tu casa a saludarte es horrendo».

Ni siquiera la editora de Taneski, Daniela Trpchevska, podía creer las noticias. «Decir que me quedé atónita es un eufemismo —escribió en un artículo para el diario británico *FINANCIAL TIMES*—. Estaba estupefacta; temblando. No podía creer que fuera el asesino en serie, y parte de mí aún se rehúsa a creerlo». No es la única. Muchos habitantes del pueblo se rehúsan a creer en la culpabilidad de Taneski. Admitir que un miembro ejemplar de la comunidad era un asesino en serie era como recibir un juicio colectivo. La culpabilidad de Vlado Taneski ame-

nazaba no sólo a su familia, sino a todo Kičevo, al país entero. Significaba que la República de Macedonia tenía un lado oscuro que

nadie conocía. Incluso si «el otro Vlado» existiera, era preferible mantenerlo oculto.

La extraña muerte de Taneski complicaba más las cosas. ¿Cómo podía una persona ahogarse sola en una cubeta de agua? ¿Escondía algo la policía? Surgieron varias teorías de la conspiración, desde las apenas probables (fue víctima de un fallido intento de interrogatorio por ahogamiento) hasta las claramente ridículas (fue asesinado para extraerle sus órganos y venderlos). Aunque había dejado una nota de suicidio bajo la almohada, las dudas no se disiparon. Quizá alguien había escrito la nota por él. O quizá en realidad era inocente, pero se quebró bajo presión. Debido al rápido intento de rescate de los empleados de la prisión, la escena del crimen se había visto afectada y parte de la evidencia que habría podido ayudar a la investigación —por ejemplo, la posición en que se había encontrado el cuerpo— se había perdido. ¿Qué iban a hacer ahora?

Las discusiones pronto tomaron un cariz político. Algunos periodistas trataban de presentar todo el caso como un gran fracaso de los poderes Ejecutivo y Judicial en Macedonia, o, como Ljubmir Kostovski del diario *UTRINSKI VESNIK* señaló en pocas palabras, todo no era sino «un espectáculo más para probar la efectividad de la policía». En su entusiasmo por anunciar al público que habían arrestado a un sospechoso, el Ministerio del Interior se había apresurado en difundir el nombre de Taneski, su ocupación y la evidencia obtenida en su contra. Era una decisión prematura e irresponsable que, según Kostovski, «eliminaba la presunción de inocencia». Otros errores graves tenían que ver con la forma en que se obtuvo la evidencia de la casa y la casa de campo del sospechoso, sin la presencia de un testigo. También surgieron cuestionamientos cuando los registros militares de Taneski revelaron que su tipo de sangre era O positivo, en lugar del supuesto B positivo hallado en el fatídico suéter.

A medida que pasaba el tiempo, la historia de Taneski se iba volviendo más contradictoria en los medios macedonios. Era culpable y no lo era; se había suicidado y había sido asesinado. Empezaron a circular rumores de que había asesinado a sus padres y que incluso tenía una lista de otras mujeres a las que quería matar, incluyendo a su esposa. No se podía asegurar nada. Los argumentos se volvieron tan arcanos como la historia medieval de los Balcanes. Si el caso hubiera sido un rompecabezas, habría sido bastante sencillo ordenar las piezas; el problema era que nadie se ponía de acuerdo en cómo debía lucir Taneski en la imagen final: si como un monstruo o como una víctima más.

La autopsia al cadáver de Vlado Taneski reveló muerte por ahogamiento. Sus pulmones estaban llenos de agua. Su cabeza había permanecido sumergida mucho tiempo después de que perdiera la conciencia. No había heridas defensivas ni signos exteriores de violencia, salvo por un pequeño moretón en su frente y en el caballete de la nariz —quizás producido durante los espasmos iniciales—. Según un portavoz del Ministerio del Interior, la inspección de la escena del crimen no mostró signos de lucha. Taneski era fornido e incluso tres hombres fuertes como sus compañeros de celda habrían tenido problemas para someterlo y mantener su cabeza dentro de una cubeta de agua hasta su muerte. Con seguridad, presentarían cortes y heridas. ¿Y qué motivos podían haber tenido? No se trataba de criminales curtidos, a lo sumo enfrentaban unos meses en prisión, si eran declarados culpables.

Algunos sugieren que no fueron los compañeros de celda de Taneski los que orquestaron su muerte, sino el gobierno. Esa teoría, sin embargo, parece también improbable. El nuevo gobierno macedonio, que aspira a que el país sea aceptado en la Unión Europea, estaba ansioso por demostrar la eficiencia de su sistema judicial, y la misteriosa y muy publicitada muerte de Taneski era lo último que necesitaba. Por su

Taneski es arrestado





No se sabe con certeza cuándo o por qué Vlado Taneski empezó a tomar antidepresivos, pero de seguro lo hacía sin conocimiento de su médico. Cuando en el 2002 y el 2003 perdió a sus padres, su trabajo y la presencia reconfortante de su esposa y sus dos hijos, su crisis emocional habría podido ser mitigada con ayuda profesional. En lugar de ello, en mayo del 2003 se iniciaron las desapariciones de las que él era responsable

parte, la policía, que había trabajado muy duro en el caso, y la corte de justicia, que contaba con abundante evidencia relevante, tenían un genuino interés en que el sospechoso fuera juzgado. Su muerte prematura parecía significar malas noticias para todos excepto para el mismo Taneski, quien de esa manera evitaba la vergüenza de un juicio público y una vida tras las rejas.

Uno de los criminólogos más conocidos de Macedonia y profesor en la academia policial, Marijan Kotevski, describe el suicidio de Taneksi como «calculado y tendencioso». Taneski había ponderado los pros y contras de su situación y había concluido que su curso de acción más realista, aquel que quizás protegería a su familia de la infamia, sería crear otro misterio. Kotevski puede tener razón, pero incluso él parece haber pasado por alto un detalle crucial —un detalle que muy poca gente conocía—. Luego de su muerte, en los bolsillos de Taneski se hallaron tres cosas: una nota firmada, un pasaje de ida y vuelta de Kičevo a Skopje y un blíster de paroxetina.

El ingrediente principal de la paroxetina —hidrocloruro de paroxetina— es usado en la fabricación de potentes antidepresivos. Aunque alguna vez fue recetado de manera regular para el tratamiento desórdenes obsesivo-compulsivos y de ansiedad social (o fobia social), hace poco la paroxetina desató controversia cuando se determinó que su uso incrementaba fuertemente el riesgo de ideación y comportamiento suicida, en especial entre personas con antecedentes familiares y aquéllos sometidos a períodos prolongados de estrés.

No se sabe con certeza cuándo o por qué Vlado Taneski empezó a tomar antidepresivos —su esposa llevaba años tomándolos—, pero de seguro lo hacía sin conocimiento de su médico. Mikhail Levenski, un eminente psicólogo de Skopje, señala que en Macedonia existe aún un grave estigma hacia las personas que buscan tratamiento por problemas de salud mental, en especial en

pueblos pequeños como Kičevo. Aun si Taneski hubiera sentido la necesidad de buscar ayuda médica, no habría podido acudir a un especialista sin desgraciarse ante los ojos de sus vecinos. Cuando en el 2002 y el 2003 perdió a sus padres, su trabajo y la presencia reconfortante de su esposa y sus dos hijos, su crisis emocional habría podido ser mitigada con ayuda profesional, señala Levenski. En lugar de ello, en mayo del 2003 se iniciaron las desapariciones.



Izquierda, derecha, izquierda, derecha. El camino serpentea por la montaña, a través de un joven bosque de robles, fresnos y sicómoros. Filtrándose entre las hojas, el sol de verano produce manchas de luz en el asfalto, como témpanos de hielo en un profundo río negro. Basta de crímenes y suicidio, dice el periodista Saša Dukosi. Hoy quiere mostrarme los lugares de interés de Kičevo, y ascendemos hacia el famoso monasterio cristiano ortodoxo de la Santa Inmaculada Madre de Dios. El monasterio «se asienta como un nido de golondrina» en «el seno del monte Čočan», escribió Taneski en uno de sus nostálgicos artículos. Nos estacionamos frente al monasterio y el nuestro es el único automóvil. Una monja de edad madura nos abre la puerta con una enorme llave esquelética. Las bisagras chirrían. Polvo. Silencio. Desde el espacio cóncavo de la cúpula principal, el Cristo Pantocrátor observa al diminuto visitante. Profetas del Viejo Testamento y apóstoles del Nuevo se alinean en las paredes en orden descendente, seguidos en la base por los reyes cristianos ortodoxos. Cientos de ojos. No hay dónde ocultarse.

Saša y yo compramos una vela a la monja —él compra diez; yo, sólo una—. Enciendo mi vela y la coloco sobre una caja de arena, luego retrocedo rápidamente. Escondido en un recoveco, junto a una fuente de agua bendita, me encuentro con el milagroso ícono de la Madre de Dios, el cual, según la leyenda, voló hasta este lugar desde otro monasterio destruido por los otomanos. Aquí se sintió a salvo y se quedó. Saša termina de encender sus velas y dice que tenemos que marcharnos. Camino hacia la puerta y volteo para una última mirada. Allí, sobre una de las paredes, está la Dormición de María, la escena que representa la muerte de la Madre de Dios. Yace en un féretro, rodeada por dolientes y santos. En el medio está Cristo, en toda su gloria, acunando en sus manos el alma joven de su madre muerta. ★

De THE VIRGINIA QUARTERLY REVIEW